

Editorial

A propósito de la educación

Manuel Quijano Narezo

Abriremos con lugares comunes. La educación es uno de los pilares fundamentales de los derechos humanos, indispensable para el desarrollo, para la democracia y para la paz; debe ser accesible para todos y a lo largo de toda la vida. La sociedad actual se funda cada vez más en el conocimiento y de ahí que la educación superior y la investigación forman parte del patrimonio cultural, socioeconómico y ecológico de los individuos, las comunidades y las naciones.

Esta segunda mitad del siglo XX pasará a la historia como la época de la expansión en todos los órdenes y en escala mundial; desde el demográfico hasta el de conocimiento, la participación, la salud, la longevidad y las facilidades para la comodidad (o el *comfort*) en las obligaciones de la vida diaria. Pero también se dirá que ha sido la época de la agudización de las disparidades, entre otras áreas, en la educación.

Se dirá que en el mundo entero el número de estudiantes matriculados en todos los niveles se ha multiplicado; pero la estratificación continúa y muy dispareja en los niveles altos. Para que sea utilizado el potencial intelectual de toda una sociedad, no basta con la enseñanza primaria. Sin educación superior y sin investigación que formen una masa crítica de personas calificadas, no puede garantizarse el desarrollo endógeno y sostenible... y los países pobres no podrán acortar la distancia que los separa de los ricos, no participarán en la cooperación internacional y no se beneficiarán de los adelantos tecnológicos que facilitan la vida y abren horizontes.

Se requieren nuevos ideales sin crear nuevas generaciones con nuevos conocimientos y nuevas competencias. Ni qué decir que ello implica enfrentar nuevos desafíos: relativos al financiamiento, a las condiciones de acceso y a la capacitación del personal formativo, así como a la calidad de la enseñanza, la pertinencia de los planes de estudio actualizados y al uso de la tecnología que facilitan la producción, la organización y la difusión del saber. Precisa también definir los perfiles profesionales, definir el valor estratégico de la educación tecnológica y los modos de operación de la función docente, superar la pedagogía que por mucho tiempo se centró en la simple acumulación de conocimientos, todo ello sin olvidar la reorientación o el reforzamiento de un sentido vocacional y los códigos culturales básicos de la modernidad y, en última instancia, el mercado de trabajo.

Desde el siglo XVIII, con la famosa obra *Emilio* de Juan Jacobo Rousseau, se comprendió que la educación consiste

en incorporar al joven a la sociedad, es decir, socializarlo. Hasta hace pocos años bajo la influencia europea nos centrábamos en el mundo del individuo, de la personalidad, de la cultura, de la subjetividad ajena a las técnicas, a los mercados, al empleo; se deseaba transmitir una herencia de valores universales que adquiriría la forma de tradición casi sagrada. Con la actual globalización que impone la internacionalización del intercambio de bienes y servicios, la educación tradicional se debilita pues hay una disociación entre el mundo al cual hay que entrar y la personalidad de quien entra. El mundo actual se define por *el empleo*, por la selección, la instrumentación, por la adaptación al modelo norteamericano en el que la socialización adquiere una definición diferente, en donde hay una disociación entre los derechos del hombre y los deberes del ciudadano. Se acepta ahí *de antemano* que existe una cuarta parte de la población (la *underclass*) que tendrá que quedar excluida y para la que se crean millones de empleos del sector terciario, no calificados, proceso que se ha llamado la "macdonalización" del empleo, obviamente mal pagado. Me recuerda una opinión de De Gaulle que su prioridad en la lucha no era contra la pobreza sino contra la desintegración personal y social.

En EUA, en Alemania, Suiza y otros países se refuerza la enseñanza técnica en famosos politécnicos. En México se soñaba con "la cultura general", es decir la puesta en relación del niño y del estudiante con los valores universales, las grandes obras, los grandes principios morales y las grandes civilizaciones; conformar hombres libres según el concepto griego de *Paideia*. En estos días se tiene que rebasar la oposición entre lo general y lo particular, entre lo teórico y lo práctico, lo fundamental y lo aplicado; hay que pensar en una formación más global, dirigida a las prácticas individuales y sobre todo sociales. La educación médica puede servir de ejemplo: se ha logrado un sano equilibrio entre las ciencias básicas, la enseñanza de la clínica práctica que incluye la terapéutica, la incorporación del humanismo clásico al insistir en la importancia de la relación médico-paciente y, finalmente, la adición de las disciplinas socio-médicas, los conceptos de salud pública, y educación sanitaria y trabajo comunitario con atención particular a los problemas ecológicos.

En efecto, igual que en los estudios médicos, la formación del niño, el adolescente y el joven debería insistir en la enseñanza de problemas urbanos, ecológicos, de población e

inmigración, de relaciones internacionales y del concepto de multiculturalismo. En un mundo en transformación, a las puertas de un próximo siglo y milenio, hay que adelantarse a los cambios de mercados, instituciones, y evaluaciones. El mismo sociólogo que hace unos treinta años irritó a los médicos de todo el mundo, Ivan Ilich con su libro *Némesis Médica*, en que afirmaba que el mayor peligro para la salud era el “*establishment*” médico, había publicado antes algo equivalente refiriéndose a la educación primaria y secundaria, criticando el excesivo valor conferido a los docentes y a los contenidos de la enseñanza. Pasado algún tiempo de la supuesta afrenta hecha al sistema médico, hubo que reconocer que decía muchas verdades y corregir el enfoque puramente curativo, autoritario, interesado y desconocedor de las necesidades sociales, que prevaleció con el desarrollo de la medicina científica después de la Segunda Guerra Mundial. Igual cambio ocurrió con los educadores.

Hay que modificar el concepto de “cultura general”; no reducir la diversidad entre las escuelas, pero que en todas se tenga como meta central el que los individuos puedan construir su identidad, su sentido de pertenencia al grupo y a su país y encontrar una ocupación. El papel de la escuela y de

los maestros se hace más importante ahora que se debilita el medio familiar. No se puede creer en una educación de avanzada sin vincular el pensar y el hacer; para transmitir conocimientos, saberes y haceres habrá que inventar nuevos modelos de combinación de escuelas con sistemas abiertos de enseñanza, con altas metas de exigencia intelectual y de enseñanza técnica y práctica.

Todo esto viene a cuenta por la triste imagen que ofrecen los paristas de la UNAM que, con el pretexto de no aceptar un reglamento de pagos en que se pide —sólo a los pudientes— una modesta contribución que compense la educación gratuita de los más débiles económicamente, se lanzan a un movimiento guiados por políticos en busca de fines personales o partidistas, e incluyen demandas como el acceso automático a la licenciatura sin importar el promedio o la vocación real, o la preparación, y piden el poder fosilizarse en su calidad de estudiantes parásitos y el participar en forma paritaria en la toma de todas las decisiones de una institución de enseñanza e investigación.

11 de mayo de 1999